

1937. Completo n: 1219

BOLETÍN DECENAL

2
1116

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL



10 SET. 1979



SECCIÓN DE INFORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE TIERRA

SUMARIO

Páginas

TIEMPOS PASADOS PARA NO VOLVER	1
DE INTERÉS PARA LOS ORGANIS- MOS MILITARES.	4
LA SEGURIDAD COLECTIVA EN FUG- NA CON LA NO INGERENCIA. .	5
LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA Y EL PATRIOTISMO EN LA RETA- GUARDA FACCIOSA.	7
A PESAR DEL CONTROL, PORTUGAL SIGUE AYUDANDO A LOS FAC- CIOSOS.	10
DE VUELTA DE LA ZONA DE SOM- BRAS.	11
IMPRESIÓN DE ÚLTIMA HORA. .	15

Boletín Decenal

Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra

Tiempos pasados para no volver

Resumen de la situación militar

Se va aproximando el verano. Epoca de ofensivas. Días largos. Noches claras. Suelo seco. La Naturaleza no es hostil para los ejércitos, salvo en las horas de más calor. Los mandos pueden idear sus planes y preparar sus operaciones, con la seguridad casi absoluta de que el tiempo no hará modificar aquéllos ni contribuir al fracaso de éstas de un modo fundamental.

La guerra española, hoy mucho más internacional que civil, dura ya once meses. Y es útil y oportuno ir diferenciando sus etapas. Comenzó con un pronunciamiento. Por primera vez en la historia de España las fuerzas militares buscaban y hallaban cooperación en el antiguo partido carlista. El ejército de la nación, cristino, isabelino, amadeísta, republicano, alfonsino, había servido siempre, con más o menos entusiasmo, pero sin defecciones graves, al principio liberal. Y he aquí que renunciaba a él, salvo numerosas excepciones individuales cuyo lealismo se afirmó y acrisoló dentro de la terrible crisis, y que recibía con júbilo el socorro de los requetés del Norte, de Aragón y de Castilla. Este hecho dió a la contienda un significado que debía reflejarse en el aspecto militar de ella tanto como en sus consecuencias de orden político.

Es extraordinario, de todos modos, que los sublevados no vencieran. Tu vieron de su parte la sorpresa, el número, el armamento y la organización. El poder legítimo vióse paralizado e inerte. Luego de haber vencido casi milagrosamente en Madrid y Barcelona, siguió estando al borde del abismo. Todavía es un misterio lo ocurrido en la sierra de Guadarrama en julio y agosto. Se ha elogiado mucho por gentes de su bando al difunto general Mola como jefe de iniciativa, ímpetu y energía. Declaramos ingenuamente

que su marcha desde Navarra a Segovia, al frente de las guarniciones de más de diez provincias, marcha detenida por unas centenas de milicianos sin cartuchos y un solo avión, no demostró esas dotes tan loadas por sus parciales.

Hubo luego un período de confusión que los alzados aprovecharon mejor que sus adversarios. Pasaron el Estrecho regulares y banderas del Tercio. Llegaron los primeros envíos de aviación de Italia y Alemania. Y se organizó en Sevilla la gran columna expedicionaria, que subió hasta Badajoz y dirigióse a Talavera, buscando el contacto con los defensores del Alcázar de Toledo. Esa columna cometió un gran error estratégico y político. Aplazó el ataque a Madrid, objetivo principal, por razones sentimentales de segundo plano. Sus jefes no comprendieron que tomado Madrid el Alcázar toledano era liberado automáticamente. Los angustiosos llamamientos de Moscardó les parecieron más atendibles que los motivos que aconsejaban el ataque a fondo a la capital de la República. Tardaron mucho en recorrer unas pocas leguas. Sólo tenían enfrente milicias caóticas, mal armadas, mal encuadradas, donde el valor se manifestaba, más que colectivamente, en rasgos personales que no resolvían las situaciones difíciles. Pudieron arrollarlas, perseguirlas y entrar detrás de ellas en Madrid. Cuando intentaron hacerlo era tarde ya. El ataque a lo Saüer preconizado por Varela fracasó en el Puente de Toledo, la plaza de la Moncloa y el Paseo de Rosales. El empleo del terror, la táctica de la intimidación, fueron contraproducentes. Y la guerra concentróse en torno a la heroica villa. Los otros frentes dejaron de interesar, aunque se libraron en ellos, en ocasiones, duros combates.

Recordemos brevemente los cambios de plan de los facciosos. Tentativa para separar la línea de la sierra de Madrid. Fué contenida en la Cuesta de las Perdices, las tapias del monte del Pardo y El Plantío. Tentativa para aislar a Madrid de Levante. Quedó paralizada entre Arganda y Morata de Tajuna. Tentativa para conseguir el mismo resultado hecha desde La Alcarria. La batalla de Brihuega y la fuga de las divisiones motorizadas italianas la trocaron en un desastre de los rebeldes...

Y entonces fué cuando Mola montó su ofensiva contra Euzkadi. Los fascismos centroeuropeos exigían un desquite rápido. ¿Amenazaron a Franco, si no obedecía, con dejarle abandonado a su suerte? Es probable. El caso es que el ataque de las líneas vascas fué concebido como una vasta operación, donde las tormentarias ultramodernas —aviación, tanques, cañones— harían lo más penoso del trabajo. La infantería limitábase a ocupar las posiciones que el enemigo fuera evacuando. Para romper la moral de las poblaciones se extremó el aparato impresionante de los bombardeos aéreos. Durango, Guernica, Eibar y otras infortunadas villas vascas, amén

de Bilbao, sufrieron el horror de agresiones atroces, que conmovieron al mundo, aunque éste ya había sido curado de espanto por el prolongado martirio de Madrid...

Cuando escribimos estos comentarios se está en la novena semana de la ofensiva contra Euzkadi. Ha muerto Mola en accidente de aviación (Bilbao es fatal para los generales que lo sitian, acordémonos de Zumalacárregui). Los rebeldes han progresado algo, pero menos de lo que esperaban, y se encuentran, tras haber sufrido pérdidas cuantiosas —unas diez mil bajas—, delante del llamado cinturón de hierro bilbaíno. Fortificación poderosa, que el ejército vasco, a las órdenes del general Gamir, defenderá seguramente con bravura heroica.

Si el frente del Norte fuera como el de Aragón, como el de la Mancha, como el de Andalucía, una prolongación del Central, Bilbao no hubiera corrido peligro alguno, pese a los elementos acumulados para expugnarlo. Mas como se sabe, Asturias, Santander, Vizcaya y la parte de Guipúzcoa que pertenecía en Marzo a los leales, formaban un bloque aislado que había de defenderse con sus propios medios. Salvo aviación —y la falta de aeródromos disminuye para nosotros la potencia de esta arma—, no se puede enviar a los asturianos, santanderinos y vascos socorro alguno por la vía terrestre. Y la marítima es arriesgada, sobre todo a causa de la presencia en el Mediterráneo de las flotas de Alemania e Italia.

En plena durísima resistencia, recibiendo golpes terribles y devolviéndolos como sabía y podía, el ejército vasco ha hecho su aprendizaje práctico de la gran guerra. Ya depende, como también el catalán, del Gobierno de la República y acata el mando único. Pese a todo, conserva intacta su moral, y la vieja terquedad vizcaína anima su voluntad indomable de resistir. Los jacciosos seguirán abrumándole con su aviación y sus cañones de gran calibre. Pero es de esperar que sus progresos sean cada día más lentos y que se desangren en estériles esfuerzos contra las posiciones vascas que protegen la ciudad, la zona industrial y la ría del Nervión hasta el Abra.

* * *

Naturalmente, y aunque la geografía se opone a que se auxilie directamente a los defensores de Bilbao y no hay posibilidad de que un Espartero, un Moriones, un Concha, vaya con buen golpe de tropas en socorro de los valientes vascos, se puede ayudar a éstos movilizándolos, para acciones ofensivas, los demás frentes de España. Si hubiera sido posible, un ataque en Aragón habría tal vez resuelto el problema estratégico planteado en Euzkadi. Circunstancias de todos conocidas lo impidieron. Ya se está aplicando

el remedio a la parálisis aragonesa, y es de esperar que muy en breve llegará de Huesca a Teruel, pasando por Zaragoza, a resultados halagüeños.

Pero como la ofensiva aragonesa era imposible, el frente de Madrid la sustituyó, primero, con violentas arremetidas tácticas en los sectores cercanos a la ciudad, como los Carabancheles y la Casa de Campo, y después con presiones de otra envergadura en La Alcarria y en la sierra. Entre Cifuentes y Cogolludo se han ocupado siete u ocho pueblos. En la parte de La Granja se ha empujado con violencia y fortuna y se ha obligado al enemigo a efectuar apresuradamente concentraciones de importancia, sacando para ello fuerzas de otras zonas.

No se trataba, desde luego, de un avance general sobre Castilla. Operación tan grave requiere largos preparativos. La amenaza contra Segovia por La Granja y Balsain tenía un objetivo que fué ya logrado. Seguirán otras empresas, cuyo alcance y dirección conocerá el adversario cuando sufra sus efectos. Desde luego, van pasando, para no volver, los tiempos en que la iniciativa le pertenecía de un modo total. El ejército republicano que hasta ahora fué yunque será pronto martillo. Y martillo pilón.

De interés para los organismos militares

El Excmo. Sr. Ministro de Defensa Nacional ha aprobado la siguiente disposición:

«Circular. Excmo. Sr.: Es una necesidad sentida en todo el territorio leal a la República que una voz autorizada del Mando informe a la opinión del verdadero desarrollo de las operaciones militares y de la situación del campo faccioso en sus distintos aspectos, así como de todos los sucesos que puedan influir en la lucha que sostenemos contra el fascismo.

Encuadrado ya el Ejército de la República en unidades regulares, y en suspenso las publicaciones que con carácter técnico-militar se venían editando por el Estado Mayor, se hace preciso la publicación de un Boletín que resumiendo aquellas ansias de información, lleve a los gloriosos combatientes del pueblo los conocimientos técnicos que han de hacer más eficaces sus esfuerzos.

En su consecuencia, he tenido a bien disponer:

Primero. Por la Sección de Información del Estado Mayor Central, se publicará decenalmente un Boletín de información que resuma las actividades militares,

aéreas y navales del Ejército de la República. Igualmente publicará una información sobre cuestiones internacionales y situación del campo faccioso.

Segundo. Este Boletín será gratuito y se repartirá de acuerdo con las instrucciones que al efecto se dicten, pudiendo los organismos o entidades oficiales, sindicales y políticas dirigirse a la referida Sección indicando el número de ejemplares que les interesa recibir.

Tercero. Este Boletín disfrutará de una subvención mensual de 5.000 pesetas. De esta cantidad serán abonados todos los gastos de impresión, colaboración, administración, etc.

Lo comunico a V. E. para su conocimiento y cumplimiento.

Valencia, 3 de junio de 1937.

PRIETO

Las entidades y organismos que deseen recibir el BOLETÍN DECENAL deberán dirigirse a la Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra, indicando el número de ejemplares que necesiten.

La medula de la lucha internacional planteada en términos indecisos hasta el hecho insurgente del fascismo español entre la democracia y el fascismo se presenta hoy con claridad deslumbradora. La acción del fascismo mundial al invadir España; la agresión hitleriana atacando nuestros aviones y bombardeando Almería, indican claramente los cambios callados, cautelosos, de la correlación de fuerzas internacionales en dirección de superar las luchas típicamente imperialistas, alcanzando un franco matiz de guerra ideológica, de batalla de sistemas. Ha sido suficiente un ataque militar del pabellón alemán a la España republicana para enfrenar en el arma de las realidades, cruda y francamente, dos tendencias antitéticas, radicalmente irreconciliables: democracia y fascismo. Y esta antítesis, en su arrollador empuje, arrastra tras sí a todos los neutros, a todos los vacilantes.

Hoy Europa se encuentra bajo el peso de una nueva amenaza de gravedad desconocida desde el hecho de Sarajevo. La solidaridad acelerada del eje Roma-Berlín, desde la iniciación de la trágica política de No Intervención, ha impuesto a Europa una práctica exterior presidida por la agresión y el chantaje. Hasta la organización de la No Ingerencia, las dictaduras alemana e italiana establecieron como teoría exterior la ruptura de los tratados y pactos. Y la práctica de pisotear todos los compromisos sancionó el sistema como procedimiento político normal en la línea de los Estados totalitarios. Después de la agresión militar de Alemania y de la invasión oficial de Italia a

la España republicana, se afirma en Europa el derecho fascista a la agresión, al simple comienzo de la guerra.

Pero esto puede ocurrir porque al lado del creciente fortalecimiento del bloque fascista en el mundo, discurre una sensible insolidaridad de las democracias. De una parte, finalidad única de guerra, sojuzgamiento de los pueblos, saqueo y latrocinio en exponencial escala. De otro, débiles y vacilantes concepciones universales e interesadas líneas políticas. La defensa intransigente, efectiva de la paz, de la libertad de los pueblos, de la democracia, sólo puede encontrarse en las masas populares del mundo.

El sistema de la No Intervención nos muestra, en toda su profundidad, este panorama. El simple hecho de establecer una práctica de No Ingerencia frente a un Gobierno legítimo, reconocido por el Pacto de Ginebra como el único de derecho, equiparándole a una facción insurgente, constituye ya no sólo la injusticia, sino lo que es mucho más grave: el germen de la invasión. Fracasado el sistema de No Intervención, se instituye una fórmula de control cuya única finalidad residía en la necesidad de salvar el sistema que asegurara la localización de la guerra. Y este control se confía en una extensa zona leal a las mismas potencias que invadían nuestro suelo, que realizaban la intervención en gran escala. Esta distribución de las zonas de control implicaba la entrega a Italia y Alemania del instrumento oficial y legal para garantizar su intervención en España.

Transcurridos los primeros tiem-

pos del funcionamiento del sistema del control se comenzó a descubrir las maniobras de las flotas italoalemanas frente a nuestras costas. Se ayudaba descaradamente a Franco con un servicio de vigilancia, de reconocimiento de nuestras costas y de participación, incluso, en las operaciones facciosas. El choque con nuestras fuerzas y con nuestro Gobierno no podía aplazarse mucho tiempo. Surge la provocación de Ibiza y Almería. La necesidad de ayudar a Franco en mayor escala y de truncar la retirada de los voluntarios, dictó a Hitler la provocación, que habría de finalizar en una acusación chantagista de agresión del Gobierno legítimo de España a su flota, a la retirada táctica del Comité de Control y a la petición de garantías como condición «sine quanon» para su vuelta al sistema de vigilancia. Y una vez más la política de «bluff» del fascismo encuentra eco en las democracias occidentales.

El Reino Unido, árbitro de la No Intervención, toma a su cargo la solución del conflicto. Alemania e Italia reciben toda clase de garantías. Se les ofrece, por el Foreign Office, la ampliación de las zonas de seguridad a todos los puertos de España; se les concede un nuevo cuadro de observadores, en el que formarán parte representantes alemanes e italianos, con la misión de determinar las «agresiones» del Gobierno republicano a las flotas del control, y, en fin, se excluye de este sistema a alguna potencia que pudiera constituir la mejor garantía del pueblo español.

Semejante táctica, ¿favorecerá la seguridad colectiva como fundamen-

to de la indivisibilidad de la paz en los estados democráticos?

La posición británica en la cuestión española obedece sin duda a su estructura económicopolítica. País imperialista por excelencia, mantenedor de un imperio colonial, su actitud en Europa no puede ir más allá.

Francia, como país, tiene latentes los mismos o muy parecidos problemas que había planteados en España antes del 17 de julio. Ello se acusa en su dirección estatal llena de vacilaciones tal vez fatales para su inmediato porvenir.

Es indudable que el triunfo del fascismo internacional en la contienda española inclinaría la balanza de la estrategia y de la política del lado germanoitaliano, a tal grado que fatalmente ahogaría a todas las fuerzas populares europeas.

Pero lo que caracteriza a la situación actual es la solidaridad inmensa de las masas proletarias y demócratas del mundo y la firme política internacional imprimida por los Gobiernos de la República. Sistemáticamente, nuestros ministros de Estado vienen señalando con gran perspicacia todos los peligros y sucesos intervencionistas futuros al mundo desde la tribuna de la Sociedad de Naciones.

El segundo puntal de nuestra política exterior reside en la organización de nuestro poderoso ejército, que con sus victorias futuras ganará a nuestra causa la solidaridad efectiva, práctica, de las multitudes populares. Las victorias sucesivas sobre los invasores y la acción de los pueblos determinarán la victoria final de la República española sobre el fascismo nacional e invasor.

La intervención extranjera y el patriotismo en la retaguardia facciosa

A B C, de Sevilla, recoge en su número del 20 de abril de 1937 cierto discurso pronunciado en Granada por el señor Goicoechea. Naturalmente, no descubre ningún Mediterráneo. Pero nos reserva algunas curiosas confesiones de parte, en relación con hechos cuyas consecuencias estamos pagando todos.

En 1932 —viene a decir el orador—, unos cuantos hombres («caballeros españoles», por supuesto) concebían en tierra extraña el propósito de levantar en pie de guerra, «en beneficio de España», a los elementos económicos, culturales y militares de nuestro país, «y hasta las ayudas de fuera necesarias». Como de costumbre, tratándose de estos «caballeros españoles», políticos de nuestras antediluvianas derechas y militares de casta, el interés de España aparece aquí sospechosamente embarullado con otros intereses particulares y mucho más a ras de tierra. Por esa fecha hace un año que el pueblo español se ha dado libremente un régimen político. España emprende un nuevo rumbo. Se va a hacer un ensayo de república liberal, democrática... Pero ahí están, en tierra extraña, esos caballeros dispuestos a echar mano de los elemen-

tos económicos y militares... y de «las ayudas de fuera necesarias» para rehacer el viejo tinglado en beneficio de sus propios privilegios abolidos, de su posición personal amenazada.

Dos años más tarde, en abril de 1934, la obra de preparación culminaba en una reunión celebrada en Roma por elementos militares, tradicionalistas y de Renovación Española, *llegándose a convenir los menores detalles de una guerra civil, con la división en dos zonas, una roja y otra blanca, y hasta el modo de solicitar y obtener los necesarios concursos de otros partidos del extranjero.*

Porque el de determinado partido «republicano histórico» indígena, ése bien ganado estaba. Tuvimos la subida de Gil Robles al Poder. Gil Robles les falló, sin embargo, a los «patriotas». La República había ensanchado de tal manera su base, que hasta los falangistas, con su caudillo a la cabeza, acudían al Ministerio de la Gobernación ofreciéndose, exultantes, al Gobierno. Pero Gil Robles, encumbrado al Poder y con el Ministerio de la Guerra en sus manos, no puso en marcha el esperado movimiento «salvador». No es necesario indicar que por ello le combate

duramente, en su discurso de Granada, el florido paladín de Renovación Española.

Nunca es tarde, sin embargo. Los preparativos, hechos quedaban. Y el movimiento estalló al fin pronto hará un año. «Cruzada por Dios y por la Patria», para los requetés. Lucha «por una España grande», para los falangistas. Por su parte Franco, en un artículo publicado en diversos periódicos extranjeros, ha dicho: «Nosotros, ante todo, combatimos por España, y lo único que nos preocupa es la opinión y el bienestar de los españoles.» Combaten por España y por Dios invadiendo el suelo de España con legionarios y tropas moras, a las que —abundan los testimonios de soldados moros a este respecto— se sitúa detrás de los soldados españoles obligados a tomar las armas contra sus hermanos, con orden de disparar sobre esos soldados en caso de que intenten la huida. Luego son regimientos enteros de alemanes e italianos. Patriotismo al dictado de Berlín y de Roma. Patriotismo de importación.

«Lo único que nos preocupa es la opinión y el bienestar de los españoles.» Ahí están, para demostrarlo, los fusilamientos de españoles en masa, los bombardeos de ciudades españolas abiertas, las felicitaciones oficiales a «los amos» por el torpedeamiento de barcos españoles, por el bombardeo de Almería.

Pero donde ese singular patrio-

tismo llega al colmo de la inconsciencia es en el curso de determinada fiesta celebrada en Sevilla en la primera decena de mayo. Se trataba (tomamos los detalles de la *Hoja Oficial de los Lunes*, Sevilla, 10 mayo 1937) de conmemorar solemnemente el primer aniversario del imperio italiano en Abisinia. La fiesta tuvo lugar en el Andalucía Palace, engalanado el patio con «carteles y retratos del rey de Italia y de Benito Mussolini, banderas alemanas, portuguesas, italianas y españolas, flores y guirnaldas». Tras un discurso del Cónsul de Italia, Queipo, sintiéndose un poco «ras» honorario, hizo también uso de la palabra. Con toda seriedad dijo «que para todo español consciente, el acto que se celebraba debía constituir una gran satisfacción». Recordó la época esplendorosa de Roma, cuando las águilas imperiales recorrieron España, dejando en ella muestras indelebles de su grandeza. Añadió que Italia vuelve hoy a ser grande, temida y poderosa, a la vez que lucha con España, Alemania y Portugal contra el marxismo. *Abogó por un solo Imperio que imponga la ley al mundo...* ;El viejo «una grey, un imperio y una espada»... con música de *Giovinezza!* Porque ya se sabe cuál es aquí el imperio en beneficio del cual desangran, empobrecen y destrozan a España los caballeros patriotas, subalternos al servicio de los peores apetitos.

En torno suyo, mientras tanto,

reaccionan sus mismos compañeros. Aun hay en sus propias filas quien siente de veras a España y la vergüenza en que la hunden sus «caballeros». Se descubren complotos de oficiales (Coruña, Granada, Valladolid) que son duramente reprimidos. Para echar tierra sobre otros, tienen que intervenir personalmente Franco y Cabanellas (así en la importante conjura descubierta en Burgos a primeros de abril). *Crítica*, de Buenos Aires, preguntaba recientemente si la muerte de Cavalcanti no guardaría alguna relación con la declarada hostilidad de este último a la intervención extranjera. Puede tratarse de una fantasía periodística. Pero la hostilidad, y no sólo de Cavalcanti, queda en pie. Según informes merecedores de todo crédito, los oficiales y jefes rebeldes españoles no ocultaban, en modo alguno, su satisfacción ante las serias derrotas sufridas por los italianos en Guadalajara, verbi-gracia. El abortado movimiento falangista, cuyo descubrimiento trajo consigo la destitución y encarcelamiento de Hedilla y el decreto pro unificación de los partidos políticos de la zona facciosa, planeado estaba como una cruzada al grito de «¡España para los españoles!» (Informa-

ción del *Manchester Guardian* de 26 de mayo de este año sobre la política interior del ex general Franco.)

Si el descontento, si el patriotismo herido fermenta y cunde entre las filas rebeldes, mayor aun es entre la población, que en la retaguardia viene padeciendo desde hace casi un año los crímenes y violencias de los «salvadores» de España, las imposiciones, las humillaciones, las exacciones de los amos extranjeros, que actúan en la retaguardia como en país conquistado. A esa retaguardia, e incluso a cuantos en ella miraron en un principio con ojos favorables el movimiento, la realidad impuesta y duramente padecida ha acabado por hacerles ver claro. Hoy saben, tocan en su propia carne en beneficio de quién se ensangrienta y arruina el suelo de España, se siegan en flor las vidas de sus hijos. Y sus esperanzas y sus ansias se amasan en un hondo sentido de lo que es realmente la patria, y de qué lado están los que luchan en beneficio de esa patria, por su independencia, por su dignidad. Una viva conciencia nacional les une a nosotros, en medio del terror de que viven esclavizados, y les sostiene con la seguridad del pronto triunfo del ejército del pueblo.



A pesar del Control, Portugal sigue ayudando a los facciosos

Informaciones recibidas, de indudable autenticidad, dan cuenta de la ayuda portuguesa a la traición española.

Los datos son concretos, demostrativos de la nula labor del Control en el país vecino.

Existe en Trafaria una fábrica de la Unión Española de Explosivos con sede en Bilbao, trasladada últimamente a Burgos. En ella trabajaban 14 obreros antes de la guerra española. Hoy trabajan 56 operarios y 34 mujeres, siendo admitido diariamente nuevo personal. Se fabrican diariamente ocho o diez toneladas de dinamita con destino a la España rebelde.

Desde enero han salido de esta fábrica más de 600 camionetas y más de 50 canoas llenas de dinamita. El cargamento siguió por la estación del ferrocarril de Barreiro y por la de Alcántara-Terra. Las camionetas iban acompañadas por policías de la «Segurança Pública», armados de fusiles ametralladoras. Todavía el 23 de abril pasado, el jefe de la 1.ª escuadra de Lisboa, conocido por «Caparica», ha acompañado, con otros guardias bajo sus órdenes, nueve camionetas cargadas con 9.000 kilos de dinamita cada una. Ha declarado que habían ido hasta las minas de Riotinto. Pero nadie se lo ha creído.

Aun hay más. El *Anfiteite I* ha salido con cargamento de dinamita. Desde julio, más de 1.400 toneladas procedentes de la fábrica de Trafaria han entrado en España. La mayor parte de la carga salió por El Cala y por Villa Real de San Antonio. Se asegura que en breve saldrá bastante más por Valença do Miño y por el Sur.

Podemos concretar, día tras día, la cantidad de material explosivo que ha salido de la fábrica de Trafaria, el medio de transporte, el punto de embarque y el lugar de destino. Citaremos algunas fechas que corresponden al funcionamiento del Control:

- a) El 23 de abril, seis camionetas de dinamita con destino a Huelva.
- b) El 24 de abril, cuatro camionetas.
- c) El 26 del mismo mes, otras cuatro.

d) El 27, dos camionetas más y una canoa con 950 kilos de dinamita, que fué desembarcada del río en Barreiro, con el fin de seguir para España.

e) El 28, dos camionetas más y otra canoa con 956 kilos, con idéntico destino.

El 1.º de mayo no hubo salida de dinamita. Pero el director de la fábrica, Jean Ruy, dijo al personal que desde la semana siguiente deberían salir a diario tres camionetas: una para Tuy, otra para Badajoz y la tercera a Villa Real de San Antonio.

Todos estos hechos han sido sometidos semanalmente a la Comisión de Fiscalización inglesa. Pero sin resultado.

Asimismo, a 20 km. de Alcácer de Sal, existe una fábrica clandestina de obuses de 14 kilos, con hélice, que se transportan a España sigilosamente.

Una fábrica de botones, en la carretera de Cascaes a Lisboa, se dedica parcialmente a la construcción de discos y envolturas de cartuchos. Esta instalación fué montada merced a gestiones del pintor español Sotomayor, ex director del Museo del Prado, que hace poco estuvo en Lisboa «para asuntos de arte».

El suministro de víveres y gasolina con que Oliveira Salazar ayuda a Franco es también constante. Y la entrega de españoles leales a su gobierno legítimo que han llegado a Portugal huyendo de la barbarie es de todos sabida. Actualmente se encuentra detenido en Aljube, de Lisboa, el español don Crescencio García Gil, farmacéutico de Alburquerque, que escapó a Lisboa por su filiación izquierdista. La policía de información quiso obligarle a firmar una solicitud de repatriación, sin duda para entregarle a las fuerzas faccistas. Por otra parte, la Legación de Francia se ha negado, terminantemente, a ampararle, y al portador de una petición en tal sentido se le aconsejó que no se mezclase en el asunto, advirtiéndole que la Legación se encargaba únicamente de lo que correspondía a los súbditos de su país. García Gil sigue en la cárcel esperando ser entregado a sus verdugos.

De vuelta de la zona de sombras

Declaraciones de evadidos

Recientemente —en los primeros días de mayo—, se pasó a nuestras filas, por el sector de Jaca, el teniente de Artillería don Manuel Goiri García, joven oficial retirado por la llamada «Ley de Azaña», al que la sublevación sorprendió en Panticosa, donde se encontraba realizando una cura de reposo. Imposibilitado en absoluto para trasladarse a la zona leal, por haber sido apresado por los facciosos en los primeros momentos y puesto en libertad a los 58 días para emplearlo, discretamente vigilado, en las obras de fortificación de Jaca y más tarde agregado a la Comandancia de Artillería de aquella ciudad, el teniente Goiri, hombre de fino espíritu de observación, de vasta cultura y de arraigadas convicciones republicanas, ha podido obtener durante su forzada convivencia con los rebeldes datos interesantísimos que constan en las declaraciones prestadas ante la Sección de Información del Estado Mayor del Ejército del Este y más tarde en la Oficina correspondiente del Ministerio de Defensa Nacional.

Diez meses entre sublevados, falangistas y «requetés»; cerca de un año sin otros interlocutores que hombres consagrados a una guerra como la desencadenada por los generales traidores, le han permitido formarse una idea exacta de la mentalidad de nuestros enemigos y de los medios que ponen en práctica para mantener entre los combatientes del estado llano —soldados y voluntarios—, lo mismo que en su retaguardia, la moral combativa y el espíritu de sacrificio, espíritu y moral que, valientemente, fallan y se derrumban apenas la verdad se abre camino entre la monstruosa maraña de falsedades sobre la que, a través, de una propaganda incesante, han edi-

ficado la tesis «nacionalista» que tremolan en el país y en el extranjero como justificante de su crimen de lesa patria.

No es nuevo, en verdad, para nadie lo que cuenta este oficial. En los meses transcurridos desde julio a la fecha se ignora poco, o nada, de los móviles y propósitos de los sublevados y de los que les auxilian a mantener la rebelión. Pero tiene el valor de las cosas vividas y la importancia de las referencias directas y más si se tiene presente que el teniente Goiri procede de una clase social privilegiada y de un Arma que siempre tuvo en el Ejército de la monarquía española —precisamente el Ejército de casta alzado ahora contra el pueblo—, un abolengo aristocrático.

* * *

En la zona facciosa ni los soldados ni los paisanos conocen la situación militar y política en que se encuentran y mucho menos, naturalmente, en que nos encontramos nosotros. Bajo un régimen de terror iniciado desde el primer día del levantamiento y mantenido al presente so capa de que en el nuevo Estado —en su Estado nuevo—, el sometimiento a los Poderes Constituidos ha de ser absoluto —«el jefe no se equivoca nunca»—, en las trincheras y en lo que hay con apariencias de ciudadanía detrás de las trincheras, la verdad una y única es ésta: en la zona leal no hay más Ejército que unos miles de rusos y de otros extranjeros bolcheviques y unas partidas armadas de anarquistas y comunistas que tienen sometida a la población civil a las torturas más crueles. El teniente Goiri, militar profesional, tenía la convicción de que esto no era así, pero se ha maravillado, al ponerse en contacto con nosotros, del esfuerzo titá-

nico que representa y de la cantidad de voluntad, de energía y de ansia de triunfar que se han movilizado para poner en pie el arma poderosa y eficaz que es el Ejército del Pueblo, en mucho superior al enemigo. Y la impresión de este artillero no es un deslumbramiento fugaz, ni mucho menos el elogio de un hombre que se siente optimista al encontrarse en un ambiente fraterno. La ha cristalizado juiciosamente paragonando lo que ha encontrado aquí y lo que dejó a sus espaldas cuando pudo escapar con riesgo de su vida.

Contra lo que pudiera pensarse el Ejército Nacionalista no tiene resuelto, ni con mucho, el problema de mandos militares. Pese a la circunstancia de haber sido los cuadros de mando los que se sublevaron —cientos de generales, jefes y oficiales de todas las Armas, Cuerpos e Institutos del Ejército—, es lo cierto que a los diez meses de guerra Franco y sus colaboradores tienen todavía que recurrir para sostener la campaña a la aportación de «técnicos» extranjeros no tan sólo para los Estados Mayores de las grandes Unidades, sino para los mandos subalternos —batallones, compañías y secciones—, en los frentes de combate, cuidándose, eso sí, de no exhibirlas con demasía en la retaguardia ni en los frentes a la defensiva absoluta. La mayoría de los generales y de los coroneles están en situación pasiva sin contacto con las tropas. De una parte para dar satisfacción a Falange Española que propugna la intervención casi exclusiva de la juventud en todos los resortes del Estado y de otra parte para sostener la moral de la oficialidad ante la perspectiva de brillantes carreras, Franco —brillante carrera a su vez hecha con mercedes de ese tipo—, lleva a los mandos superiores, con «jerarquías habilitadas», a los jefes y oficiales que le son incondicionalmente adictos... o que supone dejarían de serle propicios sin esas derramas de en-

cumbramientos a la hora. El dato es significativo. Con la República, de de luego, no tenían nada que hacer esos militares de progresos en el escalafón como norte y meta de sus apetencias de índole moral y material. Con promesas y realidades de esa clase —Franco lo sabe bien sabido—, tal vez se batan con algún coraje las «jerarquías habilitadas», pero no tienen derecho a embozarse en la capa de los ideales nobles ni de las causas justas, que son incapaces de sentir.

Los generales y los coroneles «amablemente postergados» tal vez estén arrepentidos de haberse dejado seducir por un romanticismo verbal, que no aparece por ninguna parte a la hora de pasar la cuenta a los promotores del barullo.

Tampoco en la zona rebelde ni los paisanos ni la tropa saben que en la campaña emprendida por los que los empujan y los mandan existen un Madrid, un Guadalajara y un Bilbao. Algunos oficiales no lo ignoran. Van y vienen de los frentes compañeros y amigos, heridos y con permiso, y cuentan en los alojamientos y en los cuartos de banderas, en voz muy baja, y mirando recelosamente por si hubiese oyentes indiscretos, algo de la verdad de lo que ocurre.

Estas «indiscreciones» cuestan caras. Dígalo el comandante Bayo, llegado a Jaca procedente del frente del Jarama, al que estuvo a punto de costarle la carrera al haber manifestado que Madrid era «casi inexpugnable» —él lo había visto durante largos meses—, cuando la verdad oficial a la que hay que atenerse a cierra ojos es que la capital de la República, por razones de índole táctica, estratégica ¡y sentimental!, no le interesa al Mando.

Por estas conversaciones musitadas en los cuartos de banderas y en los alojamientos de la retaguardia se sabe también —¿cómo podrá negarse?—, que Alemania

surte de material y de hombres a los ejércitos nacionalistas y que Mussolini ha enviado divisiones enteras para combatir a los españoles. Afirmarlo, sin embargo, fuera de esas tertulias confidentiales, y clandestinas, es jugárselo todo y tenerlo perdido. Para eso el generalísimo se cuidó de dictar una «orden reservada» en la que se determina que siempre que en documentos oficiales hayan de referirse a esas tropas se designe a las italianas con el nombre de «legionarios» y a las alemanas con el de «negrilla». De esta suerte no se enteran en el extranjero de la invasión extranjera en España —paradoja feliz—, ni en la zona blanca aquellos que por no haber perdido aún los sentimientos patrióticos de estirpe auténtica pudieran avergonzarse de que tal cosa pudiera haber acontecido.

Pero el gobierno de Burgos, su policía y su espionaje llegan difícilmente a poder evitar ese run-rum de la oficialidad que al principio recibió respirando ancho, con júbilo no disimulado, la noticia de la llegada a nuestro suelo de las divisiones italianas —«hermanos de raza que vienen a luchar de nuestra mano contra el enemigo común que es el marxismo», pero que después de Guadalajara, y aún antes de Guadalajara, cuando se dijo —y era cierto— que Mussolini había propuesto a Franco que le permitiese tomar Madrid con sólo sus legiones de camisas negras apartando a las tropas de la España «leal» ya torcieron el gesto —«¿a tanto no se puede llegar!»—, y que acabaron de enojarse y hasta empezaron a reír —siempre de dientes para dentro—, después de la aventura de La Alcarria. ¿Dónde quedaba aquello de «a Roma por tierra», jactanciosa despedida de Mussolini a sus tropas expedicionarias?

De- de entonces los oficiales encuadrados en los mandos de Franco, en sus «chaus-chaus» de puerta cerrada y cerrojo corrido, han perdido un tanto su primitiva fe en la victoria a plazo fijo. Y empiezan a

tener el atisbo de que por la zona roja hay algo más que brigadas de rusos y anarquistas con armas.

¡Si les fuera permitido leer una sola siquiera de las octavillas impresas que lanzan los «Katiuskas» y los «Chatos» en sus vuelos sobre aquellas tierras!... Pero esto es imposible, o punto menos. Para evitarlo sí funciona de veras la policía y el espionaje de la Junta de Burgos. Son muchos ya los fusilados por inclinarse a recoger del suelo una de las mentadas propagandas o alocuciones de los rojos. Es mejor tropezar con una víbora que con un papelillo de tal clase. En los frentes de seguro las leen; pero en los pueblos y ciudades hay muchos ojos que vigilan y hay muchas lenguas deladoras...

Leer a la luz del sol o bajo la lámpara del casinillo de oficiales o en los alojamientos sólo puede leerse, y hasta es un mérito mostrarlo, lo que dicen el *Boletín Oficial* y los periódicos de la comarca; eso, por ejemplo, de que Ossorio y Gallardo se ha llevado a París el oro, escaso, que aun quedaba en España y que con ese oro se han comprado las conciencias de los editores de los grandes periódicos de Norteamérica, captándolos para hacer campaña a favor de los comunistas españoles. Eso y lo de que Francia estaba decidida a enviar a nuestro país a combatir al lado del proletariado español a lo mejor de sus ejércitos en los inicios de noviembre, cuando Franco anunciaba por primera vez que se disponía a trasladarse a Madrid con todo su gobierno para evitar lo cual —lo de la llegada de los franceses, no lo de Franco en el Palacio Nacional—, el general Ponte y Manso de Zúñiga, que mandaba un cuerpo de ejército en el Norte, había dispuesto minas bien cargadas de explosivos —que siguen colocadas— en el túnel de Canfranc y en todos los puertos y caminos de los Pirineos occidentales.

Como también que Guernica y Durango

los hemos destruído nosotros, y que estamos destruyendo Madrid, y que arrasamos campos y ciudades en nuestra furia demolidora. porque no amamos nuestro suelo y pensamos marcharnos a Rusia en caravanas imponentes, hoy mejor que mañana. Esto sí se puede leer, entre otras cosas, porque esto es lo que se deja publicar, y hasta se manda publicar en aquella zona donde ni se oye un tiro, ni se pierde una cosecha, ni se encarcela a nadie, ni se ven más extranjeros que las «nurses» que sacan a paseo a los niños de los funcionarios públicos y de los militares de relumbrón —los militares no son funcionarios, y ¡guay! del que lo diga—, y los profesores de idiomas, amén de algún otro turista que viene a visitarlos, a ellos, para aprender a gobernar los pueblos en paz y en gracia de Dios.

Mas, entre tanto, allá va desde Cádiz a Jaca y desde Jaca a Cádiz el viejo coronel Alberto Caso Agüero, nacionalista cien por cien, en peregrinación para salvar la vida de su hijo, oficial de la Marina de Guerra,

que no quiso sumarse al movimiento libertador y se declaró soldado del pueblo, por lo que los tribunales militares le han condenado a muerte. Capaces son de fusilarle. Tal vez no porque, a fin de cuentas, no figuraba en las listas que suelen presentar a las autoridades y a los falangistas los sacerdotes y los grandes propietarios y terratenientes, y que sirven para unos curiosos Consejos de Guerra en los que no actúa más que un Juez, que toma declaración a los denunciados y luego se las lee —también en recreo— a seis militares que al lado de cada nombre escriben la sentencia inapelable.

Al teniente artillero Manuel Goiri García ya no le cabe duda de que es aquí donde se respira a pulmón pleno y donde sale para todos el sol de España, vivificador y rutilante...

Al otro lado sombras, recelos, incertidumbres, pesadillas.

Y miseria moral...



IMPRESION DE ULTIMA HORA

Las noticias que se reciben de todos los frentes, así como las informaciones procedentes del territorio dominado por los rebeldes, acusan un total y absoluto fracaso militar por parte del enemigo. Intencionas de ataque en casi todos los sectores de lucha, que son rechazadas —con grave quebranto para los atacantes— por las tropas republicanas.

Siguen pretendiéndose concentraciones de fuerzas en las ciudades de la retaguardia desleal. Se sabe que en La Coruña y en algunas poblaciones del Sur trátase por el mando faccioso de reorganizar columnas y unidades, materialmente destrozadas en los baldíos intentos de avance hacia la zona leal. Continúan reclutando los insurgentes elementos extranjeros, a base de los cuales recomponen sus mermadas fuerzas. Pero el convencimiento del propio fracaso preside todas las actividades de nuestros enemigos. En la población civil del territorio por ellos sojuzgado cunde el desánimo, por lo que se refiere a los partidarios del movimiento «nacionalista», y aliena en cambio la esperanza en los miles y miles de ciudadanos sometidos por la fuerza al brutal régimen fascista, y por ello cada día más fervientemente partidarios de la República y de su legítimo Gobierno.

Confirma la impresión que dejamos recogida en los párrafos anteriores un hecho sobremanera significativo. Lerroux se ha determinado a interrumpir el silencio en que hubo de sumirse desde el principio de la insurrección. Ha declarado su desesperanza en la victoria militar de los rebeldes. Indudablemente, cuando el lamentable figurón radical se decide a desahuciar públicamente la causa de Franco, es que toca a su fin —a lo menos al principio del fin— la tragicomedia que los generales facciosos están representando hace nueve meses al otro lado de los frentes de lucha guarnecidos por las tropas leales al régimen. Nadie, ni sus propios partidarios, tienen ya fe en la victoria de los facciosos. Todos los factores sobre los que pueden asentarse con probabilidades de acierto, conjeturas acerca de la marcha de la guerra española, lo indican así: la situación militar, la opinión en las cancillerías extranjeras y el estado de ánimo de los que un día apoyaron y facilitaron la criminal rebelión.

Una noticia radiada desde Roma y procedente de Berlín dice que Franco podrá contar en breve con importantes refuerzos. Asegúrase que pronto el ejército faccioso dispondrá de 300.000 hombres, de los cuales 170.000 proceden del Marruecos español. No puede admitirse en buena lógica que de Marruecos, donde el ambiente les es a los rebeldes tan hostil como en la

zona española sometida a su fuero, puedan traerse a la Península combatientes en número tan considerable. Los últimos reclutamientos realizados en la zona española de Marruecos por los agentes de Franco hicieron a base de niños de 15 y 16 años. ¿Dónde pueden existir ya hombres para reunir un total de 170.000? Por otra parte, el resto hasta los 300.000, ¿lo va a reclutar Franco en el territorio peninsular por él dominado? Hasta primeros del mes corriente los facciosos habían llamado a todos los hombres aptos para el manejo de las armas comprendidos en las quintas del 29 al 38. No es posible, pues, hacer creer que en virtud de nuevos reclutamientos efectuados por los insurgentes en Africa y en las provincias españolas a ellos sometidas pueda componerse un ejército de refuerzo como el señalado por Radio Roma. Lo que sí cabe pensar, si es que el anuncio responde a una futura realidad, es que los gobiernos de Berlín y Roma, en tanto fingen negociar con las potencias democráticas nuevos sistemas de no intervención, acentúan sus trabajos de ayuda a los rebeldes españoles y se disponen a enviarles nuevas unidades armadas.

Sea como quiera, ningún anuncio, ni siquiera el de que van a llegar importantes refuerzos para Franco, es bastante a levantar la moral en el campo enemigo. Las manifestaciones de los evadidos y prisioneros que últimamente han comparecido ante la Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra confirman la impresión que queda recogida al principio de este trabajo. Los combatientes de Franco luchan sin espíritu. En la retaguardia, la población civil desasiste a los dominadores. Incluso las clases adineradas se insolidarizan con los directores de la insurrección, que someten a las gentes a cuantiosos desembolsos y a fabulosas contribuciones. No escasean, por otra parte, los incidentes entre los extranjeros —alemanes e italianos— y los españoles, incluso jefes y oficiales al servicio de la rebelión, que se sienten sojuzgados y humillados de continuo por los militares enviados por las potencias fascistas para colonizar nuestro país.



A Ñ O I

10 JUNIO 1937

NUM. 1